

# La Revolución iniciada en 1868 es la misma que triunfaría 90 años después y que hoy defendemos

DISCURSO DE ROBERTO MORALES OJEDA, MIEMBRO DEL BURÓ POLÍTICO Y SECRETARIO DE ORGANIZACIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO, EN OCASIÓN DEL ANIVERSARIO 155 DEL INICIO DE LAS GUERRAS POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA, LA DEMAJAGUA, 10 DE OCTUBRE DE 2023



Compañero Miguel Díaz-Canel Bermúdez,

Primer Secretario del Comité Central del Partido y Presidente de la República.

Demás compañeras y compañeros de la presidencia

Compatriotas:

Hace 155 años, este sitio sagrado de la Patria que hoy nos acoge era el floreciente ingenio azucarero La Demajagua, propiedad del criollo y patriota cubano Carlos Manuel de Céspedes.

Después del alzamiento del 10 de octubre de 1868, la soberbia del ejército español intentaría reducirlo a cenizas. Sin embargo, como es apreciable, sobrevivieron al fuego y al tiempo varias piezas y elementos que en su conjunto configuraron un símbolo imperecedero de la historia nacional.

Los testimonios de varios protagonistas de aquella fecha nos permiten imaginar, justo a esta hora y por estos terrenos, la presencia de cerca de 600 hombres que desde la noche del viernes 9 de octubre de 1868 y durante la madrugada del sábado 10, se concentraron aquí con la determinación de tomar las armas por la independencia de Cuba.

El alzamiento, que se había pactado para el 14 de octubre, debió precipitarse ante las intenciones de las autoridades españolas de apresar a los conspiradores.

Para Céspedes no fue un problema tomar la decisión de adelantar el levantamiento armado. Era, entre todos, y desde hacía mucho tiempo, uno de los patriotas más decididos a tomar las armas.

Estaba consciente de que mientras más tiempo pasara, más posibilidades tenía la corona española de disolver el movimiento.

Tenía la convicción de que las condiciones materiales nunca estarían crea-

das totalmente, ni que las armas serían las suficientes para comenzar, y que había que arrancárselas al enemigo combatiendo, táctica aplicada muchos años después por el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra.

Cuentan que Céspedes apenas durmió la noche del 9, se acostó sobre la medianoche y a las 4:00 de la madrugada estaba en pie, precisando los detalles finales de la acción.

En los barracones el bullicio era diferente y posiblemente de los más felices entre todas las dotaciones de esclavos que había en Cuba por aquel entonces; ellos intuían o sabían del giro que muy pronto tendrían sus vidas.

A las 10:00 de la mañana de aquel 10 de octubre, dicen que el sol era resplandeciente. La campana del ingenio tocó con más fuerza que nunca y llamó a todos a formar.

Ese día en La Demajagua desaparecieron los distinguos entre blancos y negros, solo había hombres, hombres libres, agrupados todos en una condición: ciudadanos.

Así se recogía en lo que luego trascendería como el Manifiesto del 10 de Octubre, documento leído por Céspedes en el cual se fundamentaban las razones que asistían a los cubanos a separarse de España.

Pero el acto que marcaría aquella proclamación de independencia sería la acción ejemplar de Céspedes al liberar a los esclavos de su ingenio, y convocarlos a la lucha armada, sin precondicionamientos para su libertad.

Se rompería desde entonces la condición de esclavos y esclavistas, para fundirse todos como compañeros de lucha, símbolo del carácter verdaderamente radical y transformador de aquel día.

La proclamación de la abolición de la esclavitud significaba un duro golpe a la base económica y productiva principal

de aquel momento en Cuba. Constituía, sin dudas, un cambio revolucionario que desataría desde aquel instante las fuerzas populares.

Al ideal libertario se sumaron mujeres y hombres de los más diversos orígenes y riquezas: nacidos o no en esta tierra, incluidos no pocos españoles; de piel blanca, negra o amarilla; analfabetos absolutos e intelectuales encumbrados; humildes campesinos, artesanos, esclavos y poderosos hacendados.

Llevó a primer plano a hombres y mujeres de la talla de Ignacio Agramonte; Antonio Maceo y su heroica familia, Máximo Gómez, Calixto García, Vicente García, Guillermon Moncada, y una extensa lista de patriotas que resulta imposible mencionar.

Sin embargo, el sentimiento de nacionalidad cubana que se venía formando hasta ese momento, era aún incipiente. Debía madurar y además era preciso superar lastres como el caudillismo, el regionalismo y la falta de unidad.

Compatriotas:

La Revolución iniciada en 1868 es la misma que triunfaría 90 años después y que hoy defendemos. Así lo sentenció Fidel en su centenario, cuando expresó y cito: "en Cuba solo ha habido una Revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes". Fin de la cita.

La gesta que comenzó por aquellos años y la del Ejército Rebelde a finales de la década del cincuenta del pasado siglo, tienen episodios de sorprendentes semejanzas que afianzan ese rasgo de continuidad.

Los patriotas que lideraron la insurrección de 1868, además de ser hombres de acción, eran sobre todo de pensamiento, como Céspedes, Agramonte o Perucho Figueredo. Sus continuadores: Fidel, Raúl, Almeida, el Che,

entre otros tantos, tendrían las mismas virtudes.

Una Revolución verdadera solo puede ser hija de la cultura y de las ideas, nos recordó Fidel muchas veces.

Los revolucionarios del '68 plasmaron desde el primer instante su pensamiento progresista en un manifiesto y luego en la Constitución que nacería en Guáimaro algunos meses después, muy avanzada para ese momento por su profundo ideal social.

Por su parte, la Generación del Centenario abrazaría un documento programático de invaluable valor político y social: "La Historia Me Absolverá", punto de partida de todo lo que habría de desarrollarse.

Un día después del alzamiento de La Demajagua, en el poblado de Yara, el naciente Ejército Mambí sufriría su primer revés de combate, al ser sorprendido por los españoles. Las fuerzas quedarían dispersas. Alguien expresó que "todo está perdido". Céspedes respondió tajante: "Aún quedan 12 hombres. Bastan para hacer la independencia de Cuba".

Resulta fácil entonces evocar aquel primer combate de Alegría de Pío, también sorpresivo tras el desembarco del Granma y que dispersó las fuerzas rebeldes. Fue igualmente en el reencuentro de Cinco Palmas, cuando Fidel, cargado de optimismo y confianza en la victoria, le dijo a Raúl que con siete fusiles y un puñado de hombres era posible ganar la guerra.

Desde 1868 y hasta el triunfo en 1959, se apuntó directamente contra el corazón mismo de las oligarquías dominantes: la esclavista, primero, y la latifundista y de corporaciones yanquis, después.

Uno de los grandes méritos de los líderes de estas gestas, como Céspedes y Fidel, resultó la actitud de supeditar los intereses de sus respectivas clases de origen, a la causa de la independencia nacional.

